

De este modo terminó para la historia religiosa, habiendo existido doscientos cincuenta años, aquel pequeño reino de Israel, que fue creador en sumo grado, pero que no supo coronar su edificio. El jehovahismo había alcanzado en Israel una gran originalidad. Sus profetas dieron el tipo acabado de lo que en el futuro se había de desarrollar, sus escritores trazaron con arte maravilloso los primeros cuadros de la *Thora* y de la Historia Sagrada. Pero faltó la organización, porque faltó la dinastía. Los profetas del Norte no tuvieron la gran audacia, esa que se adjudica osadamente el porvenir. Nunca se atrevieron a afirmar (como lo hizo Isaías con Sion) que Betel o el Garizim, por ejemplo, serían algún día el centro de la humanidad. En poesía y en literatura, el Norte superó a Judá. Al reino de Israel se deben los relatos épicos del libro de los Jueces, las leyendas patriarcales, los antiguos cánticos, la poesía idílica y amorosa, el Libro de la Alianza y hermosas páginas proféticas. Pero las instituciones religiosas que han conquistado el mundo son obra de Jerusalén. Si Jerusalén hubiera desaparecido con Samaria, se habría truncado el destino de Israel en conjunto.

En cambio, es seguro que la desaparición de Samaria sirvió para la obra general y que una vocación extraña había consagrado a la descendencia de Jacob. Así como la destrucción de Jerusalén por Tito fue una suerte extraordinaria para el cristianismo naciente, la destrucción de Samaria constituyó una asombrosa fortuna para el judaísmo. Israel no había nacido para ser una patria profana. Limitado el judaísmo a una extensión de 12 ó 15 leguas cuadradas, pudo ya entregarse por completo a su misión. Jerusalén será un lugar de fermentación totalmente incomparable. La colina de Sion no tendrá rivales y será el único imán religioso de la humanidad.

Judá nos ha dejado de una manera definitiva la historia y los documentos del reino de Israel. Pero la Judea, aun aceptando las hermosas páginas escritas en las tribus del Norte y fundiéndolas con las suyas, fue ingrata para Israel. Cubrieron sus historiadores con una censura uniforme este estado religioso cuya única culpa fue no ser el que perduró más adelante. «El pecado de Jeroboam», fue la crítica trivial que se dirigió a aquellos reyes, que al parecer fueron valientes y algunos de los cuales tuvieron gran capacidad. Después de cien años, la unidad del lugar de culto será la ley fundamental del judaísmo. No se perdonarán a Efraím sus numerosos santuarios, aquellos altares que poseía cada localidad «desde la torre aislada del vigía a las grandes ciudades fortificadas».

Samaria jamás pudo vengarse políticamente del golpe que le asestó Salmanasar. Uno de los rasgos de la política asiria fue un tipo de afición a los cambios de habitantes entre los diversos países conquistados. Hallamos ya en Asiria la idea de la deportación. Poblaciones palestinas enteras eran enviadas a las grandes llanuras desiertas de Babilonia. Puede suponerse que los ejércitos ninivitas habían absorbido ya casi la totali-

dad de los habitantes de aquellas comarcas, y para repoblarlas, los vencedores tenían que transportar a ellas la gente que cautivaban en las batallas. La parte más considerable de la nación israelita fue llevada a Asiria y establecida en la Kalakena, junto a Nínive, y en el Norte, junto al río Habur, o las montañas de Media. Los judaítas conservaron mucho tiempo una noción vaga de sus hermanos dispersos de Israel. Cuando Judá fue llevado por el destierro a estas mismas comarcas, se había perdido ya la fraternidad religiosa entre ambas ramas de Israel. Después se olvidaron completamente. El jehovahismo del Norte no tenía bastante fuerza para resistir a la prueba de la transportación. En cambio el judaísmo, como veremos más adelante, salió con más fuerza del destierro y se reconstituyó con mayor fuerza en el suelo del que se le había arrancado.

Sustituyendo a los israelitas, envió a Samaria el gobierno asirio gente de Babilonia y del Norte de Siria. La idea de que cada provincia tenía su dios geográfico, que quería ser adorado de cierto modo y se vengaba si no se le tributaban los honores acostumbrados, estaba muy extendida en la antigüedad. La gente que iba a habitar en un país se creía obligada a practicar la religión de aquella tierra. Algunas desgracias que ocurrieron a los colonos asirios les hicieron creer que el dios indígena estaba descontento de ellos. Se habló de gente atacada por leones, los cuales se supusieron emisarios de los dioses irritados. Pidieron los colonos a Nínive ayuda en este caso, y el gobierno asirio les envió algunos sacerdotes de Jehová de los transportados, para enseñarles el culto de aquel Dios. Los sacerdotes residieron en Betel y restablecieron los sacrificios según los ritos antiguos, pero los colonos no por eso abandonaron a sus dioses nacionales.

El destierro, como siempre, sólo dañó la cabeza de la nación. Muchos efraimitas se fijaron en Jerusalén o huyeron a Egipto. La mayor parte de la población antigua se quedó en el país. La región de allende el Jordán, especialmente, siguió siendo israelita de raza o de corazón. Todos los elementos jehovahistas siguieron existiendo, pero en un estado de sencillez tosca, sin sacerdocio y más desorganizados que nunca. Después de haber perdido su autonomía, volvieron hacia Jerusalén para buscar apoyo. Jerusalén y el templo se beneficiaron, pues, mucho con la ruina del Norte. Veremos a Josías soberano religioso de Palestina casi entera. Si el reino de Judá no hubiese sido destruido por Nabucodonosor, se habría cicatrizado casi totalmente la herida separatista abierta por Jeroboam.

Judá, absolutamente solo proseguirá ahora la obra encargada al conjunto de la raza israelita, con mayor constancia que las tribus del Norte. Medio siglo antes de la toma de Samaria ya se había concentrado en Judá toda la actividad del genio hebreo. El profetismo había llegado a sus resultados más esenciales: monoteísmo, porque Dios era la causa única de los fenómenos del Universo; justicia de Jehová y necesidad de que esta justicia se realice en la tierra para cada individuo dentro de los límites de su vida; puritanismo democrático de costumbres; odio al lujo

y a la civilización profana; confianza absoluta en Jehová y culto a Jehová, consistente sobre todo en la pureza de sentimientos. Asombra la inmensidad de esta revolución, y el momento en que ocurrió fue el más fecundo de toda la historia religiosa. Jesús está por completo dentro de Isaías. El destino humanitario de Israel está escrito con tanta claridad en 720 como el de Grecia doscientos años más tarde.

A partir del momento al que hemos llegado, se señala definitivamente la vocación de Israel.

Después del beneficioso reinado de Ezequías, el profetismo ha de atravesar un largo período de pruebas para triunfar luego. La historia de Judá será la de una religión, encerrada en sí misma largos siglos y mezclada luego, gracias al triunfo del cristianismo, con el movimiento general de la humanidad. Grecia creará la sociedad laica libre en el sentido entendido por los economistas, sin que la detengan los sufrimientos del débil, producidos por la magnitud de la obra social. El profetismo acentuará la justa reclamación del pobre. Minará en Israel las condiciones del ejército y de la realeza, pero fundará la sinagoga, la iglesia, las asociaciones de pobres que a partir del tiempo de Teodosio, llegarán a ser omnipotentes y gobernarán el mundo. A lo largo de la Edad Media, la tonante voz de los profetas, interpretada por San Jerónimo, asustará a ricos y poderosos e imposibilitará en nombre de los pobres, o de los que así se crean, todo desarrollo industrial, científico y mundano.

La acción de los profetas ha sido uno de los elementos esenciales de la historia del mundo. El movimiento del mundo es el resultado del paralelogramo de dos fuerzas: el liberalismo de origen griego y el socialismo de origen hebreo. El liberalismo tiende al mayor desarrollo humano; al socialismo le preocupa ante todo la justicia entendida de un modo estricto y la dicha de la mayoría, sacrificada muchas veces en la realidad a las necesidades de la civilización y el Estado.

Para decir cuál de las dos direcciones opuestas acierta habría que conocer antes cuál es el fin de la humanidad. ¿Es la felicidad de los individuos que la componen? ¿Es el obtener ciertos fines absolutos y objetivos, que exigen hecatombes de individuos sacrificados? Cada uno responde según su temperamento moral, y con esto basta. El Universo, que nunca dice su última palabra, consigue su objetivo por medio de la variedad infinita de los gérmenes. Lo que Jehová quiere, llega siempre. Tranquilicémonos. Si somos de los que se equivocan, de los que trabajan contra el deseo de la voluntad suprema, esto no tiene gran importancia. La humanidad es uno de los numerosos hormigueros donde se hacen en el espacio experimentos de la razón. Si perdemos la partida, otros la ganarán.